

LA FILOSOFÍA MORAL DE ADAM SMITH: SENTIMIENTOS MORALES NATURALES-PROVIDENCIALES E IRRACIONALIDAD MORAL DEL SER HUMANO

Andrés Monares
Universidad de Chile

Presentación

RS Adam Smith (1723-1790) expone su pensamiento moral en el libro *La teoría de los sentimientos morales* (TSM) editado en 1759. Cabe señalar que este texto le dio gran fama en su época, más allá de que actualmente se le reconozca como el fundador de la moderna Economía de Mercado por su *Riqueza de las naciones* (RN), editada posteriormente en 1776. Pero, este último libro simplemente “puede verse como un trabajo de moral aplicada [...] porque Smith jamás concibió la economía separada totalmente de la moral”¹. Estas afirmaciones resultan lógicas si se tiene en cuenta que Smith siempre fue considerado por sus contemporáneos como filósofo moral y ético, más que economista. La Filosofía era la más importante. Justamente sobre esas materias dictó cátedra durante toda su vida académica. Se puede entender así la importancia principal que tiene su TSM para conocer cabal y enteramente su pensamiento.

No obstante, es necesario aclarar otro punto fundamental para la adecuada comprensión de la obra del moralista escocés. Es preciso tomar en cuenta su religiosidad, y no solo como un mero dato biográfico, sino en virtud de las claras influencias que sobre su obra tuvieron ciertas ideas religiosas. El autor era cristiano, pero específicamente presbiteriano; o sea, sus creencias eran calvinistas².

En virtud de lo anterior, es extraño que en los estudios preliminares tanto de la TSM como de la RN, ni siquiera se dice que Smith haya profesado la fe presbiteriana;

¹ La cita es de Carlos Rodríguez, autor del *Estudio preliminar* y encargado de la edición de la TSM aquí utilizada. Una exposición parcial acerca de las influencias de la TSM en la economía de Smith se puede encontrar en Dussel (1997).

² Aquí no se hará una exposición detallada de la teología del reformador Juan Calvino (1509-1564), simplemente se la señalará cuando sea necesario. En su libro *La institución de la religión cristiana* se encuentra en extenso su pensamiento. Si se quisiera acceder a autores más modernos, se puede revisar a Loraine Boettner (laico de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa) y sobre todo al teólogo Luis Berkhof que tiene un texto bastante simplificado. Que el lector tenga la seguridad que aún hoy los reformados son extremadamente fieles a la letra y espíritu de su “profeta”.

que hiciera clases de moral (obviamente calvinista) y llegara a ser rector en una universidad confesional calvinista, la de Glasgow; que visitara Ginebra (la “Jerusalén” calvinista); que en sus obras loara tanto los países reformados como criticara los católicos; o, que perteneciera a la *Royal Society* (agrupación científica reconocidamente calvinista). En aquellos ensayos, que introducen los textos de Smith, sus autores coinciden, de manera errónea (como se demostrará en este trabajo) en su “deísmo”³. Rodríguez, en su estudio de la TSM, se adentra en el pensamiento religioso del autor, pero sus comentarios son lamentables: solo insiste en su deísmo; en que su moral es laica; en que prefiere la religión natural de los estoicos al cristianismo; en que, de hecho, sus concepciones no son cristianas. Afirma que Smith fue cauto en expresar sus sentimientos religiosos y que su idea del autocontrol proviene de los estoicos.

Como Smith fue notoriamente explícito no hay una explicación para tales interpretaciones, que ignoran sus dichos y sus fundamentos absolutamente claros, y que desfiguran sus teorías. Igualmente, por más que sea imposible separar a cualquier persona de la época y lugar en que vivió, desconsideran el contexto histórico y sociocultural de la persona y de la obra. Todo individuo, con mayor razón un intelectual del calibre del autor, rechaza, acata o introduce modificaciones en la tradición cultural y en las corrientes de ideas de su sociedad. Una vez conocido el contexto en que vivió Smith, es imposible separar a un escocés presbiteriano del siglo XVIII, de la fanáticamente presbiteriana Escocia.

El presbiterianismo es una confesión de origen calvinista que desde el siglo XVI, por la acción de John Knox (¿1505 o 1515?-1572), teólogo y discípulo de Calvino, arraigó con mucha fuerza en Escocia. George Trevelyan, historiador británico, describe la decisiva importancia e influencia política y social de la Iglesia Presbiteriana en aquella nación, donde se organizó la sociedad en torno a la idea, traída de Ginebra por Knox, del pacto o *Covenant* entre Escocia y Dios. Un ejemplo de ese fervor sectario se encuentra en David Hume (1711-1776), considerado uno de los más grandes filósofos británicos, que nunca pudo hacer clases en ninguna universidad escocesa por su heterodoxia religiosa (desde el punto de vista del dogma calvinista). Otro caso citable es que recién en 1813 se deroga en Escocia la ley que condenaba a muerte a quien negara la Trinidad, es decir, a los llamados “Unitarios” (Royston 1991).

Como se verá en este trabajo, Smith elaboró su sistema filosófico-moral basándose en las doctrinas religiosas de Calvino. No obstante, hay que advertir que no se debe esperar encontrar en la TSM un tratado de teología sistemática, o sea, un texto en que se exponen ordenada y sumariamente los dogmas de su religión. Aquí se sostiene que tales ideas, a pesar de o justamente por la distancia cronológica con el reformador, están totalmente asimiladas en su época y en su país (en realidad en toda

³ Creencia religiosa que sostiene la existencia de un dios creador, que una vez finalizada su obra deja que ella funcione sin su intervención, al modo de un mecanismo. A su vez, desde esta postura se rechaza toda revelación o autoridad teológica, como Jesús o la *Biblia*, proponiendo una religión natural (Royston, 1991).

Gran Bretaña). Como se podrá ver, el calvinismo es la premisa básica de la filosofía de Smith, ella se ha convertido en el supuesto *a priori* de sus argumentaciones. Al considerar la decisiva variable teológica, se debe tener en cuenta en primer lugar que no se está en presencia de un teólogo sistemático, sino de un intelectual que aplicó específicas ideas religiosas en sus trabajos. Luego, en segundo lugar, se ha de considerar que Smith realiza una de las posibles aplicaciones del calvinismo, basado en una de sus tantas interpretaciones, el presbiterianismo⁴.

Antes de concluir este apartado, se aclara que no es el interés de este artículo examinar determinados escritos que plantean erróneamente el ateísmo, deísmo o secularismo de los intelectuales ilustrados, pues la exposición de los mismos es más que clara al respecto. Tal como ocurre con otros autores del período, Smith es el mejor defensor de los argumentos que aquí se exponen. Por lo que, más que centrar este trabajo en datos sobre las características de su fe o a qué Iglesia asistía y con cuánta frecuencia, son sus textos los principales testimonios de su pensamiento religioso y de cómo éste determinó su filosofía⁵.

La relevancia de clarificar la teoría moral de Smith radica en que, tal como los sistemas de otros filósofos ilustrados, las ideas del autor se mantienen vigentes hasta hoy. De esa forma inciden, de una u otra manera, en la vida de millones de personas de las sociedades modernas y/o modernizadas. En particular, es preciso tener en cuenta la influencia de la TSM sobre la Economía actual, disciplina que guía la organización de la mayoría de las naciones del planeta.

La teoría de los sentimientos morales

La línea argumental del autor para exponer su teoría es sencilla. El ser humano, aun siendo egoísta, se interesa por otros, mas no puede ponerse en el lugar de ellos salvo por medio de su imaginación y sus emociones. Puntualmente, lo hará a través de la "simpatía", que es "nuestra compañía en el sentimiento ante cualquier pasión". Esta actitud nace del interior de cada individuo. Incluso se podrá agregar que de manera autónoma, pues siempre se juzgará según una comparación con las propias facultades: "No tengo ni puedo tener otra forma de juzgarlos". En el caso en que el interés personal choque con el de otro u otros, cada uno deberá intentar observar su conducta como si perteneciera a un tercero: el "espectador imparcial e informado".

⁴ En todo caso existen ciertos consensos acerca de la teología de Calvino, son los llamados "Cinco puntos del calvinismo": inhabilidad total, elección incondicional, expiación limitada, gracia eficaz, perseverancia de los creyentes. Aunque también se encuentran interpretaciones heterodoxas del calvinismo, como la de Jacobus Arminius (1560-1609) y sus seguidores, que no suscriben los cinco puntos señalados (Boettner, 1994; Royston, 1991).

⁵ Además de Smith, en Isaac Newton (1642-1727), John Locke (1632-1704), George Berkeley (1685-1753), Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) e Immanuel Kant (1724-1804) se pueden encontrar relaciones entre sus filosofías y la teología de Calvino.

Tal como ocurre con el comportamiento de los demás, será la propia conciencia la que simpatizará o no con la conducta personal (esto último da lugar a un tema que para el autor es muy relevante: el autocontrol).

Nunca se podrá experimentar exactamente lo que otro está sintiendo, esos sentimientos de simpatía serán suficientes para causar “la armonía de la sociedad”: “Nunca serán idénticos pero pueden ser concordantes, y no se necesita o requiere más que eso”. En otros términos, la simpatía como actitud interior autónoma, consigue un efecto beneficioso en la sociedad al lograr su armonía⁶.

En todo caso, existen dos medidas para juzgar la conducta de las personas: según el patrón de la perfección absoluta (que deja al descubierto la imperfección de aquellas) y según las conductas se acerquen a dicha excelencia. Se comprende que los individuos se mueven en el segundo patrón, él es su medida: sus comportamientos fluctúan acercándose o alejándose de la perfección. Lo humano se juzga precisamente por patrones humanos o imperfectos; pues, desde la perspectiva cristiana en general y calvinista en particular, es un género marcado por la corrupción del pecado original. Lo que les impide siquiera tender en una medida importante a la excelencia.

Luego, siguiendo la tradición del empirismo británico de los siglos XVII y XVIII, el autor sostiene que solo después de la experiencia a que dan lugar los sentimientos morales, los individuos asumirán como “reglas generales” tales emociones y lo que provocan en el ámbito moral. De esta forma, los principios o criterios de conducta se conformarán una vez que “descubrimos por experiencia que todas las acciones de una cierta clase o caracterizadas por determinadas circunstancias son aprobadas o reprobadas [emocionalmente]” (Smith, 1994: 292). En otras palabras, solo después de que las reglas generales son conocidas empíricamente, se utilizan para apelar a lo que según ellas es considerado correcto⁷.

Ahora bien, a lo largo de toda su argumentación, Smith afirma repetidamente la existencia de una naturaleza humana, de sentimientos naturales, de un estado natural y de tendencias naturales. Él presupone que los humanos tienen “una naturaleza” y que de ella surgen, también de manera natural, sentimientos y actitudes. Además, habla de “la naturaleza” en términos que podrían entenderse como un ente o ser que actúa y que determina a los individuos. Para el autor, “la naturaleza” es lo que o quién habría originado tanto esa naturaleza individual, como la de la humanidad en su

⁶ Como plantea Paul Tillich, y como he podido ver en otros autores ilustrados, la armonía es “parte de la fe fundamental de la Ilustración [...] era su preocupación última”.

⁷ El empirismo británico al que se hace referencia fue sistematizado por Francis Bacon (1561-1626) sobre bases calvinistas. Según él, dada la limitada capacidad racional humana, la filosofía debe dejar paso a un método que, basado en el estudio experimental de la naturaleza, reconozca “la existencia de Dios [...] su poder, providencia y bondad”. Este enfoque no debe confundirse con el empirismo desarrollado por la Escuela de Oxford en el siglo XIII, el cual también tiene fundamentos religiosos cristianos; pero sostiene que lo empírico es una metodología que complementa el razonamiento teórico en la búsqueda de la verdad y de Dios; y, en tal sentido, la experiencia tiene también un sentido espiritual (Rogerio Bacon, 1980; Espoz, 1999).

totalidad. Es más, la naturaleza vela por los humanos al determinarlos con una naturaleza que corrige su propia condición corrupta por el pecado original. Por ejemplo, “el sentido de la propiedad y la justicia” corrige “la desigualdad natural de nuestros sentimientos”; o, “las confusiones naturales del amor propio solo pueden ser corregidas por la mirada de este espectador imparcial [la conciencia, que es natural]”.

Como se puede ver en la sucinta exposición hecha de la lógica argumental del texto, tal como lo señala su título, en él se trata estrictamente de sentimientos morales. Esta filosofía no reflexiona sobre lo moral en cuanto cuestión racionalmente desarrollada, sino sobre la emocionalidad que se da en torno a ella. Esos sentimientos surgen de forma natural, son inherentes a las personas. En otras palabras, la filosofía moral de Smith deja de lado el factor racional, para identificar reacciones pasionales intrínsecas de los individuos. Menospreciar los aspectos racionales es determinante de su filosofía y, en realidad, es una de las características básicas de la Ilustración Escocesa. Como señala Ezequiel Gallo, la llamada “Escuela Escocesa” del siglo XVIII, grupo fundamental dentro de la Ilustración Británica, centró su atención en la “capacidad inescapablemente limitada de la mente humana”⁸.

Más aún, la paradójica meta de todo el movimiento de la Ilustración es demostrar racionalmente la limitación de la capacidad racional del ser humano. Tema que dejó sentado para la filosofía posterior Immanuel Kant, quien en palabras de Paul Tillich, teólogo reformado contemporáneo, es el “filósofo del protestantismo”, “quien hizo un aporte fundamental a la teología [protestante y reformada] del siglo diecinueve”. Del filósofo alemán y de su doctrina dice Tillich:

“Kant siguió a Hume en su crítica epistemológica de una filosofía que parte del supuesto de que las ideas religiosas de Dios, la libertad y la inmortalidad se pueden establecer mediante argumentos racionales. Tal cosa resulta imposible por la razón elemental de que el hombre es un ser finito. La mente finita no puede alcanzar lo infinito. Durante los siglos diecinueve y veinte casi todos aceptaban esta crítica como un presupuesto” (Tillich, 1977: 381).

En realidad, la postura expuesta en la cita precedente se puede rastrear entre la intelectualidad reformada desde fines del siglo XVI. Fue Calvino quien sostuvo que “no podemos decir que nuestro entendimiento esté sano y perfecto, cuando es débil y está tan envuelto en tinieblas” (Calvino, 1988: 183). Desde esa fecha, basados en esa rama de la teología cristiana, se aceptó de manera general y consensual el dogma de la limitación de la razón en el actual “estado de la humanidad” a raíz del pecado original. Entonces, se comprende que Kant no es un rupturista y/o un pensador

⁸ A pesar de que, como se puede ver en Smith, la limitación de la razón humana es uno de los fundamentos de la filosofía escocesa, el autor sostiene erróneamente que ese “tema fue solamente intuido por los escoceses; un desarrollo más sistemático del mismo sólo tendría lugar en épocas más recientes” (Gallo, 1988: 276).

solitario, sino que su papel fue dejar ese argumento establecido para la posteridad en el ámbito de la filosofía⁹.

En tal sentido, cuando los autores ilustrados hablan de la razón, debe entenderse que se refieren a ella partiendo del fundamento que sostiene que su alcance es limitado. O sea, el término no se aplica a un específico “estado”, que considere el avance y acumulación del saber y de las formas de conocer a que ha llegado la civilización. Es un término puntualmente religioso, utilizado para indicar la condición de total corrupción que marcó al género humano y al universo luego del pecado original. Dentro de esa perversión general y en directa relación con la negativa caracterización de la razón, se tiene la consecuente depravación moral de los individuos: una mente limitada no es capaz de juicio o elección moral. Esta situación es la que abordó Smith en su TSM. A continuación se verá cómo lo hizo.

Naturaleza, providencia y moral

El término “naturaleza” es central para comprender cabalmente la propuesta de Smith. Sin embargo, antes de adentrarse en cómo la entiende y utiliza el autor, se deben hacer algunas aclaraciones acerca de su desarrollo en la tradición intelectual de Occidente. Pues, cabe señalar que la concepción que tenía del concepto el cristianismo europeo anterior a la Reforma protestante será dejado de lado a raíz de las nuevas teologías que dieron lugar al cisma.

Para el cristianismo antiguo y medieval la naturaleza corresponde a la obra de Dios, a la llamada “Creación”. Mas ella tiene una característica especial: responde a un orden que es determinado por mandato divino. Como se puede ver en el libro del *Génesis*, primeramente la deidad crea de la nada, para luego darle instrucciones a la naturaleza para que siga “funcionando” según esas órdenes u orden natural¹⁰. Desde el mito religioso se entiende que el universo es mantenido por Dios, pero ello no implicará su constante acción sobre el mundo. La naturaleza tendrá una relativa independencia (o una dependencia secundaria de Dios como causa final, en tanto ella es la causa eficiente) ya que fue la propia divinidad la que le otorgó un orden por el cual sigue reproduciéndose y existiendo (Espoz, 1999).

⁹ Con anterioridad, Martín Lutero (1483-1546) había ido mucho más lejos al negar totalmente la capacidad racional humana. Específicamente para el caso británico, además de los miembros de la Escuela Escocesa, entre los diversos ejemplos de intelectuales que sostienen la limitación de la razón se puede nombrar a Francis Bacon; al influyente teólogo puritano Richard Baxter (1615-1691) (Merton, 1984); y, a los ya citados Newton, Locke y Berkeley. Renato Espoz está pronto a publicar un libro donde expone, en base a los propios textos de numerosos autores, cómo fundados en la teología calvinista desarrollan la filosofía moderna como una argumentación racional que busca probar la limitada capacidad racional humana.

¹⁰ Como señala Espoz, la naturaleza de estas características recibe diversos nombres para los filósofos cristianos: “fábrica mundial” para San Agustín (354-430); “máquina mundial” para San Buenaventura (1221-1274); “máquina del mundo” o “forma total” para Copérnico (1473-1543); o, simplemente “naturaleza” para Galileo (1564-1642).

Luego, a partir de la Reforma protestante, se elaborará una visión de “naturaleza” que perdura hasta hoy en Occidente. Para R. G. Collingwood, dicha palabra tiene dos acepciones. Por una parte, significa la “suma total o agregado de cosas naturales”; lo que hoy secularmente se entiende por universo: materia y energía sin intervención cultural humana. Sin embargo, en los “idiomas europeos modernos” el concepto alude también a un “principio”:

En este caso la palabra ‘naturaleza’ se refiere a algo que hace a quien la posee comportarse como lo hace; esta fuente de su comportamiento es algo que está dentro de él: de haber estado fuera, su comportamiento no habría sido ‘natural’, sino ‘impuesto’, compulsivo (...) Siempre significa algo interior a una cosa o que le corresponde íntimamente y que es la fuente de su comportamiento (Collingwood, 1950: 59).

Como se dijo, para un cristiano como Smith, y más aún siendo un calvinista, la corrupción es el estado natural del género humano, a raíz y a partir del pecado original. Eso es lo que determina “la miseria y depravación del mundo actual”, a la vez que conforma la naturaleza de los individuos, “es la fuente de su comportamiento”. No obstante, como también se señaló, “la naturaleza” habría impreso en el género humano ciertas tendencias naturales para su protección y mantenimiento. De lo contrario, el vivir en sociedad sería destructivo y salvaje: “en tales circunstancias una persona entraría a una asamblea de personas igual que a una jaula de leones”.

Pero, como los humanos estarían corruptos en sus facultades (tanto racionales como morales) esas tendencias con las que “la naturaleza” los determinó son emocionales. No son racionales, pues sería absurdo que aquella confiara en esa “lenta e incierta determinación de nuestra razón”. En su sabiduría y economía ha sabido brindarle al género humano medios eficientes para alcanzar sus “fines favoritos”: “En todo el universo vemos cómo los medios se ajustan con esmerado artificio a los fines que están destinados a producir”. Lo mismo ocurriría en la esfera moral:

...aunque el hombre está naturalmente dotado de un deseo del bienestar y la preservación de la sociedad, el Autor de la naturaleza no ha confiado a su razón el descubrir que una aplicación punitiva determinada es el medio apropiado para alcanzar dicho fin; en cambio, lo ha dotado con una aprobación inmediata e instintiva de la aplicación que es más conveniente para alcanzarlo [...] no se ha confiado a la lenta e incierta determinación de nuestra razón el descubrir los medios adecuados para conseguirlos [la conservación y propagación de la especie]. La naturaleza nos ha dirigido hacia la mayor parte de ellos mediante instintos originales e inmediatos (Smith, 1997: 168).

De la cita se desprende que lo que el autor llama “la naturaleza” no es un ente o un ser en sí. Más puntualmente, a través de toda su obra, Smith explicita que existe una “Deidad” a la que también llama “Autor de la naturaleza” y “gran Director de la naturaleza”, entre otros apelativos. Es decir, en primer lugar reconoce la existencia de Dios; y, en segundo lugar, lo caracteriza como creador y activo, dirigiendo la naturaleza hacia los fines que estima convenientes (sea en su acepción de “suma total o agregado de cosas naturales”, incluidos los seres humanos; o, como ese “algo que

hace a quien la posee comportarse como lo hace”). Esa sabia y continua actividad divina se podrá reconocer en todo el universo, en sus fenómenos y criaturas, e incluso en aspectos insospechados:

...cualquier parte de la naturaleza, una vez inspeccionada atentamente, demuestra de igual modo el cuidado providencial de su Autor y así podemos admirar la sabiduría y bondad de Dios incluso en la flaqueza y la insensatez del hombre (Smith, 1997: 220).

En términos teológicos calvinistas, la naturaleza en su segunda acepción moderna (“algo que hace a quien la posee comportarse como lo hace”) correspondería a la providencia que realiza constantemente los decretos predestinatorios de la deidad. Se debe señalar que para Calvino Dios presenta dos características principales e íntimamente relacionadas: su absoluta Soberanía y absoluta Providencia. La primera implica su soberana voluntad y poder para crear, mantener y dirigir el mundo según su plan o sus decretos inmutables dictados desde la eternidad. De ella se sigue su segunda particularidad, la providencia por la que lleva a cabo sus decretos o por la cual ha gobernado, gobierna y gobernará todas las cosas hacia un fin predeterminado por su plan. Sin embargo, la relación entre esta doctrina sobre una divinidad eternamente activa y la naturaleza humana ya había sido planteada por el reformador al rechazar a quienes, limitando la providencia, “roban a Dios su gloria”:

Dicen que Dios inspira con su virtud al hombre un movimiento natural mediante el cual puede aplicarse a lo que su naturaleza le inclina; y que el hombre, con esta facultad gobierna según su determinación y voluntad cuanto hace. En suma, quieren que el mundo, los asuntos de los hombres, y los mismos hombres, sean gobernados por la potencia de Dios, pero no por su disposición y determinación [...] Por lo tanto esta opinión hace a Dios gobernador del mundo solamente de palabra, mas no en realidad, pues le quita el cargo de ordenar lo que se ha de hacer (Calvino, 1988: 128)¹¹.

Entonces, se podrá comprender que es la providencia la que hace que se realicen en los individuos los fines que la divinidad pretende. En esto Calvino es tajante: “Dios lo dirige todo en la vida de sus criaturas”. Se sigue de ello que Smith plantea que la divinidad determinó a los individuos con una naturaleza, con instintos; no con raciocinio¹². De ahí que haga referencia en la TSM al “corazón” y no a la mente, y

¹¹ Sobre la providencia absoluta y el rechazo de una naturaleza humana creada por Dios pero que hace a los individuos independientes de él, ver en Calvino el Libro I, capítulo XVI, pp. 124-135: “Dios, después de crear con su potencia el mundo y cuanto hay en él, lo gobierna y mantiene todo con su providencia”.

¹² De acuerdo a lo que Calvino y teólogos modernos plantean de forma explícita, el ser humano es determinado completamente. Se podría pensar que Smith entiende que tienen cierta libertad para preocuparse del “cuidado de su propia felicidad, de la de su familia, sus amigos, su país”. Pero, como se verá, igualmente en tales acciones tiene intervención la providencia. En ese sentido, tampoco debe llamar a error que hable de la “diosa Fortuna, que gobierna el mundo”, pues luego

que una de las maneras con que nombra a Dios sea como “egregio Juez de los corazones”¹³. Este reconocimiento de la obra divina y de la incapacidad de la razón humana, queda claramente establecida cuando el filósofo escocés concluye que no se debe confundir el reloj (como mecanismo) con el relojero. Siempre se debe distinguir “la causa eficiente de la causa final”:

Cuando principios naturales nos impulsan a promover fines que una razón refinada e ilustrada nos aconsejaría, tenemos la tendencia a imputar a esa razón, en tanto que causa eficiente, los sentimientos y acciones mediante los cuales promovemos dichos fines, y a imaginar que es sabiduría del hombre lo que en realidad es sabiduría de Dios (Smith, 1997: 188).

Al hablar el autor de “conservación y propagación de la especie” como las metas de la providencia, se podría pensar que se refiere a aspectos estrictamente no racionales y/o instintivos. Por ejemplo, a impulsos tan básicos como el comer, abrigarse, el deseo sexual o cualquier reacción refleja ante el dolor u otro estímulo. Sin embargo, expone el caso de la justicia como fundamental para la existencia de la sociedad. Será a partir de ella, a pesar de que la ayuda mutua que la vida social implica no se realice desinteresadamente, que “la sociedad, aunque menos feliz y grata, no necesariamente será disuelta”¹⁴.

Según Smith, en realidad la cohesión al interior de los grupos se daría “en razón de su utilidad, sin ningún amor o afecto mutuo”. La “sociedad de personas distintas”, ejemplo de “la miseria y depravación del mundo actual”, se sostendrá (tal como la de “comerciantes distintos”) por medio de “un intercambio mercenario de buenos oficios de acuerdo con una evaluación consensuada”. Este argumento representa otra de las “contribuciones” de la Ilustración Escocesa: las consecuencias no queridas de las acciones humanas. Pues, como señala Gallo, para los filósofos escoceses “las acciones deliberadas y específicas de los hombres habían arrojado resultados contrarios a la intención de sus iniciadores”. En este caso, aun sin perseguir abiertamente la convivencia pacífica y la cohesión social, ellas se logran no obstante las

queda claro que es solo una figura que utiliza para explicar que la “irregularidad de los sentimientos” es también muestra del “cuidado providencial” que prodiga Dios a la humanidad (ver pp. 218-223).

¹³ Ya Calvino cuando se refirió al conocimiento de la divinidad hizo primar lo emocional por sobre la razón: “...se ha de notar que somos invitados a un conocimiento de Dios, no tal cual muchos se imaginan, que ande solamente dando vueltas en el entendimiento en vanas especulaciones, sino que sea sólido y produzca fruto cuando se arraigue y se asiente bien en nuestros corazones” (Calvino, 1988: 20).

¹⁴ Extrañamente, Smith utiliza el término “libre albedrío” cuando señala que a la justicia los individuos se sienten obligados por naturaleza, mientras que la práctica de otras virtudes “parece ser dejada a nuestro libre albedrío”. Él mismo señala explícita e implícitamente (al emplear la tercera persona) que no son los individuos los que actúan libremente, sino que Dios se los permite. Por los propios dichos del autor, el término aparece absolutamente descontextuado. En el *Comentario* se expondrá acerca del rechazo calvinista del libre albedrío.

conductas de los individuos que las ponen en riesgo. Finalmente, a pesar de todo, imperará la armonía¹⁵.

De ese modo, al tomar en cuenta que muchas veces las acciones humanas no buscan fines benévolos, dentro del plan divino y/o a raíz de la bondad de Dios, también es tarea de la providencia proteger a los corruptos humanos de sí mismos. Lo cual se consigue mediante los efectos de la particular naturaleza con que la divinidad los señaló. Como ya se dijo, Dios protege a los individuos predeterminándolos con una naturaleza que corrige y guía su propia naturaleza corrupta y los hace conseguir el bien (la armonía) de manera inconsciente:

Para garantizar la observancia de la justicia, en consecuencia, la naturaleza ha implantado en el corazón humano esa conciencia del desmerecimiento, esos terrores del castigo merecido que acompañan a su quebrantamiento, como las principales salvaguardias de la asociación de los seres humanos, para proteger al débil, sujetar al violento y sancionar al culpable [...] si ese principio no se impusiera entre ellos en defensa del débil y los intimidara para respetar su inocencia estarían permanentemente listos para atacarlo, como bestias salvajes... (Smith, 1997: 186-187)¹⁶.

En síntesis, esa naturaleza humana es la manifestación de la “bondad infinita” del Dios caracterizado por Calvino como soberano y providente. Él es el único encargado de “producir en todo momento la mayor cantidad posible de felicidad”. Como ello no es cosa que le compete a los humanos, el deber de éstos es respetar la voluntad de la “Deidad”, lo que debe ser la “norma suprema de nuestro comportamiento”. Oponerse o ignorar “los mandamientos que le fueron dictados por la Sabiduría Infinita y el Poder Infinito” sería “vano y absurdo”:

Pero la administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es la labor de Dios, no del hombre. Al ser humano le corresponde un distrito mucho más humilde, pero mucho más adecuado a la debilidad de sus poderes y la estrechez de su comprensión: el cuidado de su propia felicidad, de la de su familia, sus amigos, su país; y el estar ocupado en la contemplación del distrito más sublime nunca puede servir de excusa para que abandone el más modesto (Smith, 1997: 423)¹⁷.

¹⁵ Idea que es aplicada en la RN para explicar que los intercambios comerciales se realizan en base al egoísmo, sin que por ello la sociedad se destruya a sí misma: “...el hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide” (Smith, 1992: 17). En el “Comentario” se expondrá sobre la idea de “armonía” y su importancia para la Ilustración.

¹⁶ En el apartado “De la influencia y autoridad de la conciencia” (pp. 257-287) Smith explica cómo la naturaleza implantada por la divinidad corrige y guía la corrupta naturaleza humana en base a otros aspectos naturales como el amor a sí mismo, la autoaprobación y el autocontrol.

¹⁷ A propósito del “distrito” que les fija el autor a los individuos, cuando Calvino aclaró los alcances de la limitada mente humana, sostuvo que la “inteligencia de las cosas terrenas” comprende “el gobierno del Estado, la dirección de la propia familia, las artes mecánicas y liberales”.

Comentario

Para aclarar la filosofía moral de Smith, y sus bases calvinistas, hay que penetrarse de los conceptos que va introduciendo en la TSM para darle lógica argumental a su exposición. Ellos también aparecen en los sistemas de otros autores ilustrados y, sin lugar a dudas, forman parte de la base ideológica de la actual tradición intelectual de Occidente (*post* Reforma protestante) y fueron utilizados para desarrollar la filosofía, la ciencia, la economía y la política modernas¹⁸. La TSM es un muy buen ejemplo de esas ideas, encontrándose en ella los conceptos más importantes de la Modernidad en su contexto y con sus significados originales.

Obviamente, al elaborarse tales conceptos y argumentos desde principios teológicos o dogmáticos, el lector debe tener en claro que en algún momento del análisis se encontrará ante un tipo de lógica que para ser entendida (no compartida) exige aceptar los supuestos religiosos. De no tomarse en cuenta esta nada insignificante salvedad, se realizará una interpretación muy alejada de la letra y del espíritu del texto; así como de las creencias y pretensiones del autor. Precisamente, esa lógica implica “suprimir el saber para dejar sitio a la fe”¹⁹.

Para comenzar, una vez que se han comprendido las bases teológicas y la aplicación que de ellas hace Smith a su teoría moral, se puede aceptar que su filosofía moral no habla, en términos estrictos, de Filosofía. Pues, no se refiere a cómo los seres humanos mediante un proceso de reflexión racional desarrollan un sistema de ideas acerca del bien y el mal basándose en los valores, principios y (ciertamente) las emociones determinadas por su contexto sociocultural y la vida social que se realiza en ese marco. Su filosofía se refiere meramente a sentimientos “naturales”; los que tampoco son condicionados o “amoldados” por la cultura (a pesar de que en cierto pasaje hable de “evaluación consensuada”).

Con respecto a esa posición sobre la limitada capacidad racional humana, ella es consecuente con sus creencias religiosas reformadas y con las de la Ilustración en general, movimiento que no es otra cosa que la secularización filosófica del calvinismo. Pues como él mismo señala, no es posible confiar en la “lenta e incierta determinación de nuestra razón”, en la “debilidad de sus poderes y la estrechez de su

¹⁸ Tema que trato en dos trabajos próximos a publicar: “*La influencia puritana en la ciencia experimental británica del siglo XVII*” e “*Ilustración europea y cristianismo reformado: secularización del calvinismo en Jean-Jacques Rousseau y Adam Smith*”.

¹⁹ La frase es de Kant y la utilicé al expresar que para conocer a “Dios, la libertad y la inmortalidad”, los argumentos racionales y la racionalidad misma son inútiles. En todo caso, el filósofo ilustrado alemán está parafraseando a su compatriota Martín Lutero, quien señaló que para conocer a Dios “tenemos que cerrar los sentidos y la razón”, pues lo que “desea es que le conozcamos por la fe” (Espoz, 1999).

comprensión”. Menos aún en los asuntos morales. De esa forma, se comprende perfectamente que titule su obra de teoría de los sentimientos morales²⁰.

Recuérdese que dichos sentimientos son “naturales”, “originales e inmediatos”. Lo cual quiere decir que es la Deidad quien predetermina “una naturaleza” para el género humano o, en palabras de Collingwood, le entrega ese “algo que hace a quien la posee comportarse como lo hace”. A su vez, lo que Smith llama “la naturaleza”, no es otra cosa que la providencia que lleva a cabo las implicancias de la naturaleza humana. O sea, Dios creó a los individuos con una determinada naturaleza, y será la providencia la que los haga actuar en consecuencia. El autor, fundándose en el dogma que afirma que la providencia es absoluta y continua, sostiene que esa naturaleza no hace independientes a los individuos (tal como se vio que también hizo Calvino).

Esa doctrina aplicada al ámbito moral significa que la “sabiduría” y la “economía” de Dios dotó a los individuos generosa y precavidamente de sentimientos naturales. De ese modo, se pueden cumplir los fines que la divinidad predeterminó, por los medios más adecuados que también predeterminó. En tal sentido, para Smith la Deidad es el maximizador por excelencia, el más grande economista²¹. De ahí que, todo ser humano en tanto tal, poseería una capacidad moral intrínseca. La propia naturaleza de cada persona es la encargada de rechazar o aprobar de manera instintiva actitudes, emociones y conductas propias y ajenas. Queda claramente establecido que la moral es emocional y natural, no racional y elaborada en esos términos por los grupos humanos.

Entonces, además de poder cumplir los fines divinos por los mejores medios, el tener sentimientos morales naturales sería positivo, pues la capacidad y el juicio moral no dependerían ya de los vaivenes de la cultura, la moda o de construcciones intelectuales realizadas por individuos con una débil capacidad para hacerlo. Se entiende que se está frente a sentimientos “originales e inmediatos”, los que son inherentes y se presentarán regularmente frente a situaciones similares.

De modo que tal como en la ciencia física, ellos se expresan empíricamente y también pueden ser concebidos como datos que por sus características de regularidad incluso serían predecibles. Así es como se puede concluir que responderían a una “ley natural”. No obstante, cabe aclarar que desde la perspectiva reformada dichas

²⁰ En Rousseau se encuentra un claro ejemplo de los filósofos ilustrados que siguen la doctrina de Calvino acerca de la corrupción de la razón. Precisamente, su crítica al abate Saint-Pierre es por elaborar sistemas políticos racionales; tal autor al querer realizar sus “proyectos útiles, pero impracticables”, pretende “que los hombres se deben conducir más por sus luces [razón] que por sus pasiones [...] No trabajó más que para seres imaginarios pensando trabajar para sus contemporáneos” (Rousseau, 1996: 280).

²¹ Así, establecer una relación medios a fines conveniente o económica, más que correcto, sería divino. Desde esta perspectiva, la Economía y la actividad comercial que describe en la RN, toman desde sus fundamentos un cariz religioso en sí y no solo, en el sentido que le da Max Weber, simplemente como actividad ascética o ética del trabajo.

leyes u orden natural, corresponden a la continua y regular acción providencial de la divinidad²².

Lo anterior no es otra cosa que la aplicación del sistema físico de Newton a la esfera moral; es la tarea que el filósofo natural dejó explicitada para la posteridad en su *Óptica* (1704). Siguiendo sus creencias calvinistas por las que, igual que Smith, comparte la fe en que la providencia gobierna constantemente el universo, piensa que todo es factible de ser reducido a leyes matemáticas que representan esas acciones providenciales regulares. Tal como señala Espoz, para Newton la acción providencial general y constante redundaba en que, en la práctica, la moral es lo mismo que la Física; y los humanos y sus acciones son homologables a la gravedad o a cualquier otro fenómeno natural, a vegetales, animales o materia inerte. Su enfoque físico-teológico unificó el universo y a todo lo que hay en él, humanos incluidos. Luego, su método se generalizó, y fue Smith quien lo aplicó puntualmente a la moral:

No sólo la filosofía natural se perfeccionará en todas sus partes siguiendo este método [empírico y cuantitativo], sino que también la filosofía moral ensanchará sus fronteras. En la medida en que conozcamos por la filosofía natural cuál es la primera causa [Dios], qué poder tiene sobre nosotros y qué beneficios obtenemos de ella, en esa misma medida se nos aparecerá con luz natural cuál es nuestro deber hacia ella, así como hacia nosotros mismos (Newton, citado en Espoz, 1995)²³.

Mas, si bien es cierto que para los calvinistas las leyes naturales se refieren a los decretos o al plan que estableció Dios para la humanidad y el universo, a la vez sostienen que es la propia providencia la que lo realiza. La regularidad y el orden del mundo y de las conductas, surgen de los decretos y de la continua intervención divina que los lleva a cabo. Al respecto, Calvino plantea que, de existir leyes naturales por las cuales el universo se rija independientemente de la providencia, “no habría lugar, ni para el favor paternal que Dios usa con nosotros, ni para sus juicios” (Calvino, 1988: 129). De este modo, la Creación o la materia y la energía sin intervención cultural humana y la propia conducta de los individuos, están sujetas al constante dominio o providencia de Dios²⁴.

²² El autor emplea esta visión en la RN, cuando expone que la consecución de la riqueza no se logra a través de la racionalidad, sino a través de una “propensión natural” del ser humano al intercambio en el marco de un “orden natural”. De hecho, la Economía Moderna ha pretendido expresar tales regularidades en leyes.

²³ Rousseau es un ejemplo de las diversas interpretaciones del calvinismo, pues a pesar de aceptar la continua providencia divina rechaza la concepción de una moral “exacta”: “...debo decir que no desconozco que la precisión geométrica no es aplicable a las cantidades morales” (Rousseau, 1982: 114).

²⁴ En el caso de la Economía, la determinación y formulación de leyes demostrarían que la producción y el intercambio comercial son efectos de la acción providencial. De hecho, el concepto de “mano invisible” se refiere a la providencia que actúa en lo económico; a raíz de lo cual la actividad comercial queda santificada. De tal modo, en Smith como filósofo moral que sistematiza una

En consecuencia, a partir de la argumentación de la TSM, las dos acepciones modernas de la palabra “naturaleza” implican a la providencia divina. A raíz de lo anterior, el enfoque empírico calvinista termina reconociendo que es la providencia la que se expresa empíricamente en lo moral, como lo hace también en cualquier fenómeno natural. Es decir, tal como en la Física, esta filosofía moral “demuestra” (en realidad concluye) que los sentimientos morales son expresión de la acción providencial de Dios.

Por el contrario, como ya se expuso anteriormente, para la tradición católica las “leyes naturales” son las instrucciones que efectivamente Dios dictó para el universo: este responde a un orden que es determinado por tales leyes. Luego, a las leyes naturales entendidas como disposiciones divinas, también está sujeto el ser humano como cualquier ser vivo, fenómeno o materia orgánica. Sin embargo, eso no implica que sea homologado a un animal no racional, a un fenómeno natural o a materia inerte (Espoz, 1999). Son dos filosofías morales y dos filosofías naturales diferentes²⁵.

En tal sentido, la teoría moral que elabora Smith ni siquiera sería una antropología, sino más bien una especie de (perdonando la expresión) “etología moral”. Una teoría del comportamiento animal: la mera observación y descripción de reacciones instintivas²⁶. El que estas acciones sean morales, es una especificidad dentro del conjunto de respuestas instintivas de los humanos. De este modo, lo moral quedará al nivel o definido como cualquier otro de los procesos naturales “no racionales”; quedará homologada, por ejemplo, con conductas como saciar el hambre o el deseo sexual. No obstante, será una Moral Natural o divina determinada por Dios y realizada por su providencia, en la que los individuos sólo son objetos (en sentido estricto, no es revelada; sino que se revela a sí misma). En consecuencia, se le podría nombrar como “Moral Natural-providencial”²⁷.

ética comercial en la RN, se corroboran las palabras de André Bieler (pastor calvinista y doctor en Economía) acerca de que el calvinismo unió lo espiritual y lo material bajo una nueva forma eminentemente moral.

²⁵ Por un lado, la filosofía natural católica (con Nicolás Copérnico y Galileo Galilei como sus más famosos representantes) buscará establecer las leyes que dan lugar al orden (Espoz, 1999). La filosofía natural puritana (con Francis Bacon y Newton a la cabeza) buscará establecer leyes como formulación matemática de los continuos y regulares actos providenciales.

²⁶ En base a esta visión, las modernas Ciencias Sociales se desarrollaron con la pretensión de establecer leyes de la conducta humana y describirlas. No por nada, Gallo plantea como fundamental el aporte de la Escuela Escocesa para las modernas disciplinas sociales.

²⁷ Karl Polanyi describe lo que podría denominarse “naturalismo” británico del siglo XIX o algunas de las aplicaciones económicas y sociales de la teoría de la “Moral Natural-providencial” de Smith. Estos enfoques apelaban al hambre, en su relación al instinto de supervivencia, como motor de la producción y la organización social: “...el hambre no es sólo pacífica, silenciosa, una presión constante, sino que, como la motivación más natural para la industria y el trabajo, induce los esfuerzos más poderosos...” (Townsend, citado en Polanyi, 1992: 120). El mismo enfoque se encuentra en Jeremy Bentham (1748-1832) y su tratamiento “científico y económico” de los

En consideración a lo anterior se puede hacer una comparación con la tradición moral que comienza con la ética aristotélica y continúa con la filosofía moral medieval. Para Aristóteles (384-322 a. C.) en “todo arte y toda investigación científica, lo mismo que [en] toda acción y elección”, el ser humano tiende al bien o felicidad. Tal tendencia es parte de su naturaleza y se realizará mediante su voluntad y su razón. No obstante, la voluntad (*boulomai*) involucra a la razón, al ser en base a ésta que se define la felicidad y el método por el cual alcanzarla. Es decir, la voluntad sería una especie de deseo racional y/o un deseo que implica necesariamente la guía de la razón para alcanzar la felicidad. Luego, como sería parte de la propia naturaleza humana el tender al bien, la búsqueda consciente de la felicidad se transforma en un deber. Es la propia definición de lo humano y del principio que debe guiar su vida, lo que implica la obligación de lograr su meta natural. El bien o la felicidad es posible de alcanzar y en esta tarea, que se realiza conscientemente, la razón tiene un lugar fundamental.

Durante la Edad Media, se continuará teorizando sobre la base de Aristóteles, pero en un marco cristiano. El bien queda identificado con la Moral Natural que estableció Dios y la razón sigue cumpliendo un rol central en su búsqueda y en las decisiones y acciones éticas concretas. Igual que la propuesta por Smith, esta Moral Natural también sería divina, pero no está predeterminada en las personas por Dios ni es llevada a cabo por su providencia. Al contrario, se entiende que los individuos poseen la capacidad racional para “captar” esas máximas morales naturales dictadas por la divinidad; y las interpretan, las desarrollan racionalmente para construir la moral y la ética en cada sociedad. Esta perspectiva tiene como premisa básica la real posibilidad de los humanos para alcanzar las determinaciones de la Deidad a través de su razón (con ayuda de la “gracia cooperante” divina) y, consecuentemente, mediante ella guiar su conducta manteniendo su libertad. De ahí que se la pueda nombrar “Moral Natural-racional” en contraposición a la definida por los reformados, pues se elige por esa vía y, por tal capacidad, se deja alternativa al individuo: el mal²⁸.

Pero Smith, como calvinista, cree en la absoluta soberanía de Dios y en su acción providencial constante; ni siquiera acepta la postura de una “Moral Natural-

pobres: el hambre haría innecesaria las sanciones legales. También lo emplea David Ricardo (1772-1823) para explicar la construcción del mercado de mano de obra: las vidas humanas y, por lo tanto, el trabajo, estarían regulados por la disposición de alimento: se trabaja por un precio o se muere de inanición.

²⁸ A. J. Carlyle expone claramente el tema del Derecho Natural en la Edad Media, el cual no es otra cosa que la “Moral Natural-racional”. Por otra parte, Giordano Bruno (1548-1600) devela la postura racionalmente “inmoral” en que el protestantismo y los reformados dejan al ser humano. Pues, de ser imposible conocer a Dios a través del estudio del universo, tampoco se podría conocer la Moral Natural. En todo caso, para los temas de la racionalidad y el libre albedrío en el contexto católico, se deben especificar los alcances de la “gracia cooperante”. José Aranguren expone cómo este concepto abre una especie de vía media entre la Soberanía y Providencia absoluta calvinista y la plena libertad humana (considerada herética por el catolicismo y el calvinismo) sostenida por Pelagio (360-422).

racional". Como seguidor del empirismo calvinista británico, sostiene que solo después de la experiencia (natural-providencial) a que dan lugar los sentimientos morales, los individuos identificarán "reglas generales" de conducta. Cualquier otra conclusión sería afirmar la herejía de que la providencia no es constante, la cual implica que Dios no sería realmente divino y, por tanto, quizás ni siquiera exista²⁹. De ahí su crítica a los teóricos que no son moralmente empíricos:

...esta circunstancia parece haber confundido a bastantes autores muy eminentes, que han diseñado sus sistemas de acuerdo con el supuesto de que los juicios originales de la humanidad con respecto al bien y al mal fueron estipulados como las sentencias de un tribunal judicial, considerando primero la regla general y después si abarca la acción concreta que se está considerando (Smith, 1994: 293)³⁰.

De esta suerte, para Smith, como señala en la RN, la filosofía moral que plantea la posibilidad de una conducta moral racional al margen de una providencia constante (o sea, libre; aunque impulsada por la gracia cooperante) es "la más corrompida". Esta es una directa referencia a la enseñada por los católicos, en la que, según él, la "casuística" y la "moral ascética" son las partes más importantes. En esto, una vez más, el autor sigue a Calvino, quien había expresado que la limitada razón humana no es capaz de alcanzar las "cosas del cielo", entre las que se encuentra la "regla de conformar nuestra vida" con la "divina voluntad". De esta posición, donde finalmente confluyen la incapacidad racional de los individuos para lo moral y la constante providencia divina, se comprende que la solución planteada sea la de dejarse guiar directamente por Dios, y permitir actuar a su providencia³¹.

Luego, fuera de su desconfianza en la capacidad de la razón, para Smith la propia divinidad es quien le da a los humanos una naturaleza moral. A la que no entiende simplemente como la capacidad natural de poseer un pensamiento y juicio

²⁹ Es lo que precisamente dice Newton: "El lo rige todo, no como alma del mundo, sino como dueño de todos. Y por su dominio, suele ser llamado señor dios"; "un dios sin dominio, providencia y causas finales no es nada más que hado y naturaleza" (Newton, 1987: 782 y 784).

³⁰ Berkeley expone un argumento similar contra la razón y los principios derivados de ella, en favor del instinto: "Pero tan pronto como nos apartamos de los sentidos y del instinto para seguir la luz de un principio superior, para razonar, meditar y reflexionar sobre la naturaleza de las cosas, miles de dudas surgen en nuestros espíritus sobre aquellas cosas que antes creíamos entender completamente" (Berkeley, 1968: 75).

³¹ En el período que media entre Calvino y Smith, el filósofo puritano británico Francis Bacon también sostiene que "una gran parte de la ley moral reside en un nivel de perfección al cual la luz natural [razón] no puede aspirar... [pues] a la doctrina de la religión, tanto moral como mística, sólo se alcanza mediante inspiración y revelación de Dios". Mas, los humanos tendrían algunas "nociones e ideas de la virtud y el vicio, de la justicia y la injusticia, del bien y del mal" por la existencia de un "instinto interior, conforme a la ley de la conciencia". Tal instinto efectivamente sirve "para refrenar el vicio", pero no "para informar el deber" (Bacon, 1988: 215). Como se puede ver, Bacon es un claro antecedente de Smith; pero, por razones de espacio no se revisará sistemáticamente aquí.

acerca de la conducta propia y la de los demás, sino como el veredicto moral en sí. Gracias a eso, los individuos tendrían integrada de manera inherente una capacidad de guía y expresión ética: los sentimientos morales. Este proceso hace las veces de un juicio en tal ámbito, pero evidentemente no es posible definirlo así, ya que no es un dictamen surgido de una reflexión racional.

Por otra parte, los sentimientos morales (la “simpatía”) son una actitud interna de cada individuo. En otras palabras, no dependen de una condicionante o influencia externa, sino de una disposición intrínseca. Utilizando los términos que toma Tillich de Kant, es una emoción autónoma al provenir de una ley interior de la conciencia. Ahora bien, recuérdese que esos sentimientos morales son naturales, lo que significa que son implantados en los individuos por la providencia. Por tanto, eso implica que al proceder de Dios y actuar según el plan divino realizado por él, obviamente estarían en total coincidencia con la voluntad divina. Esa condición de la autonomía humana teológicamente se llama “teonomía” o ley de Dios³².

En tal sentido, el “espectador imparcial”, que finalmente no es otra cosa que la conciencia natural de los individuos, emite sus “juicios” en correspondencia con la voluntad divina. Como es Dios quien les otorgó a los humanos esa conciencia, que ayuda a guiar y expresar los sentimientos morales (y es la propia providencia la que los realiza) indudablemente será la voluntad divina la que se manifieste por medio de la naturaleza humana. De esta suerte, nuevamente la teoría implica el dejar actuar a la providencia; lo cual es el fundamento teológico de la defensa ilustrada de la no intervención³³.

Consecuentemente, dentro de ese mismo razonamiento dogmático, tal concordancia con el plan y la acción providencial tendrá como resultado la armonía. Por una parte, en el mundo natural, en el movimiento de los cuerpos celestes y en el resto de los fenómenos naturales. Por otra, la teonomía o autonomía consciente de su fundamento divino, tendría una expresión en la vida social al hacer que en ella todo funcione armoniosamente. En realidad, sería la acción providencial la que lograría la armonía; lo que se traduce en que “la sociedad, aunque menos feliz y grata, no necesariamente será disuelta”. La corrupción humana sería controlada y encauzada por la

³² La concordancia entre los pensamientos y los sentimientos internos y autónomos, y la voluntad divina era una creencia generalizada entre los intelectuales de la Ilustración europea. Ejemplos de ello se pueden encontrar ya en el moralista francés Pierre Bayle (1647-1706) (Kamen, 1987); como también en el citado Francis Bacon; en el obispo anglicano irlandés George Berkeley; en el ginebrino Jean-Jacques Rousseau; y en el director de la *Enciclopedia*, Denis Diderot (1713-1784).

³³ Para Smith el espectador imparcial es la base de la virtud del autocontrol. Es decir, la conciencia queda directamente relacionada al tema del ascetismo calvinista; el cual pasaría también a ser una actitud teonómica. Luego, al aplicar esta visión a lo económico, se entiende que la no intervención responde, más que a una noción laica de respeto de los derechos individuales en lo comercial, a dejar actuar a la providencia en ese ámbito.

providencia hacia la armonía social; y, a pesar del pecado, las metas providenciales igualmente se cumplirían³⁴.

Como ya se señaló, esa concepción acerca de la armonía al margen de la voluntad de los individuos, no es otra cosa que una de las bases de la filosofía de la Ilustración Escocesa: las consecuencias no queridas de las acciones humanas³⁵. Por muy extraño que parezca, esa es la gran esperanza que funda el optimismo reformado:

...es un consuelo para los fieles en sus adversidades saber que nada padecen que no sea por orden y mandato de Dios, porque están bajo su mano (Calvino, 1988: 126-127).

Entonces, retomando lo expuesto por Tillich, lo que habrían hecho tanto Smith como otros autores pertenecientes a la Ilustración, fue secularizar la idea (para ellos) fundamental de providencia en términos de armonía. O sea, dichos pensadores tomaron la noción religiosa reformada de la providencia ejercida continuamente por Dios y la aplicaron al campo de la vida extrarreligiosa, a lo secular o laico, en términos de armonía. Pero aun así, creían que esa armonía no era otra cosa que la expresión de la providencia divina que se impone.

Ahora bien, esta predeterminación divina del ser humano implica justamente una operación sobre la humanidad. Sea en lo que Smith plantea como parte de su naturaleza que hace elegir los mejores medios para cumplir los fines o designios de Dios; y/o, en cuanto a la armonía preestablecida o lograda por la conciencia autónoma, la teonomía o por la acción providencial. En otras palabras, la divinidad actúa sobre los individuos, por lo que éstos pasan a ser operados por Dios, quien es el verdadero agente de sus existencias³⁶. Esta condición, teológicamente establecida, lleva a plantear el tema de la posibilidad y realidad de la libertad humana dentro de este sistema de ideas y de sus aplicaciones seculares: las filosofías que conforman lo que hoy se conoce como Modernidad.

³⁴ Tillich, junto con reconocer la importancia capital del concepto de armonía para los filósofos de la Ilustración, lo describe como paradójico. Por ello, se le debe calificar con la frase "a pesar de": "A pesar de la finitud humana, a pesar de la enajenación humana con respecto a Dios [por su providencia] el objetivo divino terminará por prevalecer. La providencia no obra de forma mecánica sino que dirige y guía" (Tillich, 1977: 355).

³⁵ De lo cual toma lógica que otro intelectual escocés de la época, Adam Ferguson (1723-1816), exprese que las instituciones son resultados de las acciones humanas, pero no de un designio humano (Gallo, 1988).

³⁶ En su texto sobre filosofía de la historia, Collingwood erradamente plantea que la historiografía medieval supone que la historia no es más que el desarrollo de la voluntad de un Dios providente. De ahí que "el agente humano se ve arrollado por la corriente de los designios divinos, y llevado por ella, con o sin su consentimiento" (Collingwood, 1993: 59-60). Como se podrá ver, es evidente que su descripción corresponde justamente a la perspectiva calvinista, la que se empieza a desarrollar recién a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

Con respecto a la libertad, es el propio Calvino quien rechaza el uso del término “libre albedrío”, ya que no sería atinente para la situación en que quedó la humanidad luego de la caída producida por el pecado original. En el actual estado de corrupción los individuos están impedidos de elegir entre el bien y el mal³⁷. Esta imposibilidad del libre albedrío se ve reforzada por la total predestinación humana y la continua providencia de Dios. Sin embargo, paradójicamente, a la vez señala el reformador que los individuos mantienen la responsabilidad. Esos serían los contradictorios términos de la concepción calvinista de la libertad humana, la que sigue hoy vigente como puede verse en un autor de la segunda mitad del siglo XX:

Para Calvino la libertad era un don divino mediante el cual el hombre podía cumplir su cometido con Dios sin intervención humana (Singer, 1990: 243)³⁸.

Por su parte, teólogos calvinistas más modernos insisten en que justamente por la Soberanía de Dios, el ser humano fue creado libre. Boettner expresa que: “El decreto divino no produce el evento, sino que sólo establece su absoluta certeza” (que según el dogma, la providencia debería llevar a efecto). Ese mismo decreto que predetermina, será el que establezca (¡vaya singularidad!) la libertad de los individuos:

Quizás la mejor forma de resumir la relación que existe entre la soberanía de Dios y la libertad humana sea de la siguiente manera: *Dios presenta al hombre incentivos externos de forma tal que el hombre actúa en conformidad a su propia naturaleza; sin embargo, hace precisamente lo que Dios ha determinado que hiciese* (Boettner 1994: 34. La cursiva es del original).

Como puede verse, se ha seguido proponiendo la misma fórmula de Smith, que a su vez se basa en la de Calvino. Dentro de este particular concepto reformado de libertad, el ser humano solo es capaz de elegir los medios ya predeterminados para cumplir un fin también predeterminado. Pero, a eso lo impulsará su “naturaleza”, que igualmente está predeterminada. En términos de Smith, los individuos simplemente son causa eficiente predeterminados por la causa final.

Estos argumentos, para quien analiza los conceptos, finalmente no son ninguna solución. La “salida” teológica que se propone es que existe una armonía entre la providencia y la responsabilidad, que aunque “inescrutable, es real”. El actual estado de la humanidad no permitiría entender esa relación, pero no por ello va a ser negada. En tal sentido, considerando la absoluta y continua providencia divina, aparece contradictorio que se sostenga que ella se impone “a pesar de” las acciones humanas. Al

³⁷ Boettner señala que su elección se limita a elegir entre males.

³⁸ Se entenderá que no corresponde hablar de libertad como libre albedrío en el calvinismo, ni en los sistemas filosóficos desarrollados en base a él. De lo cual se entiende que no es casual que el británico John Mill (1806-1873) empiece su obra *Sobre la libertad*, aclarando “que el objeto de este ensayo no es el llamado libre arbitrio”.

respecto hay que tener en cuenta que el propio Calvino propone que “Dios se sirve de los impíos y doblega su voluntad para que ejecuten sus designios”; incluso se serviría del propio Satanás³⁹.

Así, desde la perspectiva calvinista sobre las relaciones entre providencia y la libertad, se entiende la relevancia teológica y filosófica que toma la autonomía (sea como teonomía o acción providencial). Su importancia es tal, que se desarrollará y validará el principio de no intervención externa para asegurar que se manifieste sin trabas la naturaleza-providencial humana y/o la acción providencial. Pero, esta concepción de la Moral Natural-providencial a la vez que niega la racionalidad y la libertad, las vuelve superfluas. La causa es simple: los instintos no son actos libres, no surgen de una decisión racional que da lugar a la acción; pero, por su naturaleza y para que logren su fin, deberán ser autónomos y estar protegidos de la intervención externa racional y libre. Como el lector podrá darse cuenta, esta doctrina a favor de la autonomía y contra la intervención sigue vigente hasta hoy al punto de ser fundamental en las naciones modernas y/o modernizadas⁴⁰.

A estas alturas del trabajo quedará claro lo “irracional” del sistema moral propuesto por Smith. La providencia habría elegido los medios más eficientes para alcanzar sus fines: prefirió los instintos “naturales”, no la razón. La moral se transforma en una filosofía del instinto y no en un desarrollo intelectual, en tanto reflexión crítica cultural o divinamente guiada acerca del bien y el mal. Es una mera “etología humana”, que solo describe sentimientos ya determinados. De lo cual se concluye que el ser humano no es libre para elegir, ni tampoco para construir o guiar moralmente su sociedad. Si existe la armonía es por la acción providencial; no por la planeación racional humana, ni por una determinada definición moral y la consecuente acción ética específica a que da lugar.

Esa “filosofía” que se constituye en moral moderna, es la que se materializa y tiene plena vigencia en la Economía sistematizada por Smith⁴¹. Lo preocupante es que esta disciplina, basada en los instintos morales, es la que domina las sociedades modernas y/o modernizadas, indicándoles cómo deben organizarse y comportarse los individuos y grupos que las conforman.

³⁹ Esa es la explicación que también repiten Berkhof y Henry Meeter. Así, por extraño que parezca el que Smith utilice el término “libre albedrío” (ver nota 14) debería entenderse en estos términos. En cuanto a la falta de consistencia argumental, ya se señaló que es un error pretender encontrar un sólido desarrollo lógico en ideas que no los tienen por ser dogmáticas.

⁴⁰ Espero pronto poder publicar el trabajo que actualmente llevo a cabo sobre calvinismo y autonomía en los sistemas filosóficos de los autores ilustrados y sus influencias en el desarrollo de la Modernidad.

⁴¹ Espoz está pronto a publicar en extenso un trabajo al respecto. Le agradezco el permitirme citarlo antes de su edición.

Referencias bibliográficas

- Aranguren, José. *El protestantismo y la moral*. Ediciones Sapiencia S. A., Madrid, 1954.
- Aristóteles. *Ética nicomaquea. Política*. Editorial Porrúa, México, 13ª edición, 1992.
- Bacon, Francis. *La gran restauración*. Alianza Editorial, Madrid, 1985 (1623).
- Bacon, Francis. *El avance del saber*. Alianza Editorial, Madrid, 1988 (1605).
- Bacon, Roger. "Opus maius", pp. 828-838. En *Los filósofos medievales. Selección de textos*. C. Fernández (editor). 2 tomos, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1980.
- Berkeley, George. *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 3ª edición, 1968 (1710).
- Berkhof, Luis. *Sumario de doctrina cristiana*. The Evangelical Literature League. EE.UU. 6ª impresión, 1992.
- Bieler, Andre. *El humanismo social de Calvino*. Editorial Escatón, Buenos Aires, 1973.
- Bruno, Giordano. *Expulsión de la bestia triunfante*. Ediciones Altaya, Barcelona, 1997 (1584).
- Boettner, Loraine. *La Predestinación*. Libros Desafío, CRC World Literature Ministries, EE.UU., 1994.
- Calvino, Juan. *La institución de la religión cristiana*. Editorial Nueva Creación, Buenos Aires, 1988 (1536).
- Carlyle, A. J. *La libertad política*. Fondo de Cultura Económica, México, 1ª reimpresión, 1982.
- Collingwood, R. G., *Idea de la naturaleza*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1950.
- Collingwood, R. G. *Idea de la historia*. Fondo de Cultura Económica, México, 18ª reimpresión, 1993.
- Diderot, Denis. *Pensamientos filosóficos*. SARPE, Madrid, 1984 (1746).
- Dussel, Enrique. "El mercado en la perspectiva ética de la teología de la liberación", pp. 316-334. *Concilium*, N° 270, abril 1997, Editorial Verbo Divino, España.
- Espoz, Renato. *Ética y Economía. La ciencia económica, la moral dominante de la Modernidad*. Ponencia presentada en el Encuentro Internacional "Nuevo orden económico y desarrollo. Desafíos éticos para el siglo XXI. Ética para un desarrollo humano". Santiago, 25-28 de octubre, 1995.
- Espoz, Renato. *El destierro de Dios (de la filosofía natural)*. Editorial Universitaria, Santiago, 1999.
- Gallo, Ezequiel. "La Ilustración Escocesa", pp. 273-289. *Estudios Públicos*, N° 30, Otoño 1988, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 1988.
- Kamen, Henry. *Nacimiento y desarrollo de la tolerancia en la Europa moderna*. Alianza Editorial, Madrid, 1987.

- Locke, John. *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Fondo de Cultura Económica, México, 2ª reimpresión, 1986 (1690).
- Lutero, Martín. “Controversia de Heidelberg”, pp. 74-85; “Los artículos de Schmalkalda”, pp. 332-357. *Lutero: Obras*. T. Egido (editor), Ediciones Sígueme, Salamanca, 1977.
- Meeter, Henry. *La Iglesia y el Estado*. The Evangelical Literature League, EE.UU., 3ª edición (sin fecha de edición).
- Merton, Robert. *Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo XVII*. Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- Mill, John. *Sobre la libertad*. Alianza Editorial, Madrid, 5ª reimpresión, 1988.
- Newton, Isaac. *Principios matemáticos de la filosofía natural*. Alianza Editorial, Madrid, 2 tomos, 1987 (1687).
- Polanyi, Karl. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Rousseau, Jean-Jacques. *El contrato social*. EDAF, Madrid, 1982 (1762).
- Rousseau, Jean-Jacques. *Confesiones*. Editorial Porrúa, México, 2ª edición, 1996 (1781).
- Royston, Edgar. *Diccionario de religiones*. Fondo de Cultura Económica, México, 4ª reimpresión, 1991.
- Sagrada Biblia. Biblioteca de Autores Cristianos, 22ª edición de Nácar-Colunga, Madrid, 1974.
- Singer, Gregg. “Calvino y el orden social”, pp. 231-246. *Juan Calvino profeta contemporáneo*. J. Hoogstra (compilador), TSELF, Barcelona, 1990.
- Smith, Adam. *La teoría de los sentimientos morales*. Alianza Editorial, Madrid, 1997 (1759).
- Smith, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica, México, 7ª reimpresión, 1992 (1776).
- Tillich, Paul. *Pensamiento cristiano en Occidente. Segunda parte: De la Ilustración a nuestros días*. 2 tomos, Editorial La Aurora, Buenos Aires, 1977.
- Trevelyan, George. *Historia política de Inglaterra*. Fondo de Cultura Económica, México, 2ª edición, 1984.
- Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ediciones Península, Barcelona, 13ª edición, 1994.

Resumen / Abstract

El autor plantea que la aprobación o desaprobación moral se manifiesta por medio de tendencias naturales de tipo emocional. Tal argumento se fundamenta en la teología de Juan Calvino, la cual sostiene la constante acción providencial de Dios y la limitada capacidad racional humana. En base a esto, el filósofo escocés expone que la divinidad habría establecido que los individuos tuvieran ciertas tendencias morales naturales, emocionales y no racionales, en virtud de controlar la también natural tendencia al mal de una especie marcada por el pecado original. De esa forma, se lograrían los fines predeterminados por Dios a través de los medios, que también predeterminó, más adecuados para ello.

The author proposes that the moral approval or disapproval is manifested by means of natural tendencies of the emotional type. Such an argument is based on John Calvin's theology, which sustains the constant providential action of God and the limited human rational capacity. Based on this, the Scottish philosopher puts forward the idea that the divinity would have established that individuals had certain natural, emotional and not rational moral tendencies, with the purpose of also controlling the natural tendency towards evil of a species marked by the original sin. In that way, the ends predetermined by God would be achieved through the more appropriate means that He also predetermined.